

El mismo régimen se observa en los cuarteles de hombres. El mismo aislamiento perpetuo, paseo silencioso, la misma vigilancia y aseo, los mismos consuelos y lecciones del ministro y la misma sujeción al trabajo. No pudiendo ser todas las ocupaciones de los hombres de tal naturaleza que puedan practicarse en la soledad, cada preso debe escoger una de aquellas que el régimen de la casa autoriza. El uno teje en su aposentillo un telar y trabaja piezas de lienzo; el otro teje medias; la mayor parte de ellos cosen y están y cosen vestidos para el ejército ó la marina.

Señalamos una ocasión es cuando todos los presos, hombres y mugeres, se reúnen en un mismo sitio, y es el domingo al sermón. Se reúnen, mas sin tener comunicacion alguna entre sí: solo pueden verse sin conocerse ni hablarse. La capilla ocupa el primer piso de la gran torre central; los presos concurren á ella por divisiones dirigiéndose por angostos tránsitos. El sitio de los presos en la capilla, que puede compararse con el patio de un coliseo, está dividido en diferentes compartimientos en figura de triángulos muy agudos; delante de cada uno de estos triángulos se sitúa un vigilante, que vuelto de espaldas al altar, tiene fija constantemente la vista sobre la escuadra de presos que se le ha confiado. El menor desorden, la mas leve infraccion de la regla del silencio se castigan con la expulsion del culpado, á quien se vuelve á su aposentillo. Sobre este *parterre* para los hombres hay una especie de tribuna ó gran palco dividido y vigilado del mismo modo, en donde se colocan las mugeres, siempre en menor número. El altar y el púlpito, algo elevados del suelo, estan colocados de manera que todos los asistentes puedan seguir cómodamente los oficios y oír el sermón.

El admitirles á oír el sermón, única distraccion y novedad en medio de la uniformidad constante de su vida, es para los presos una especie de recompensa, de que se priva á los revoltosos ó flojos. Los castigos no son menos simples, y mejor dicho estaria el castigo, porque no hay mas que uno, sin otra escala mas que la de su duracion. No se conocen en la penitenciaría ni las correcciones corporales, tan usadas en la marina y el ejército inglés, ni el calabozo con esposas y grillos y collares, ni aquel suplicio llamado *tren mill* tan frecuente en las demas cárceles, que consiste en poner al culpable en el encaje de una rueda que hace andar con los pies de un modo semejante al de una ardilla en su jaula, sin poder parar un instante, á no ser con peligro de romperse las piernas.

En la penitenciaría se reducen todos los castigos á un recargo de aislamiento y á la privacion de luz. Se encierra al culpado por cierto tiempo, que rara vez pasa de una semana, y nunca de quince dias, en un aposentillo oscuro, sin poder entretenerse ni con el trabajo de manos ni oyendo al capellan; ni con comunicacion alguna, inclusa la de su guarda que le da la racion diaria de pan y agua por un agujero. Hay pocos caracteres, por obstinados y feroces que se les suponga, que resistan á esta prueba.

No hay ejemplo de que un preso se haya expuesto segunda vez á ser castigado, ó por mejor decir, tienen todos tal miedo al castigo, que son muy raras sus faltas; y reina una obediencia fácil é inmediata. Si por casualidad hay entre ellos alguna de aquellas fieras con rostro humano á quien no alcanzan á domar la soledad y falta de luz, se le echa del establecimiento para enviarle á Botany-Bay, como á un animal fiero que no es dado domesticar. Para darme una idea de la eficacia de aquel negro calabozo, de aquella sepultura de vivos, me encerraron en una de ellas por cortos momentos, y jamas se borrará de mi memoria mi estancia de un minuto en aquel sitio. ¿Qué mas puede decirse sobre el efecto seguro de tal castigo? La penitenciaría de Londres encerraba casi 400 presos cuando yo la ví; y hacia una semana que ninguno de ellos habia entrado en aposento oscuro ni aun por una hora, asi como ni uno solo habia sido llevado desde su hamaca á la enfermería. Los calabozos y la enfermería estaban igualmente desocupados; tan saludable es aquel régimen para el alma y el cuerpo!

A tres principales puntos tienden las mejoras que constituyen el sistema penitenciarío; á la soledad, al trabajo y á la instruccion.

Ya habia tiempo que los hombres ilustrados y humanos habian reconocido los vicios irremediables de la aglomeracion de los presos en las cárceles y los baños. Estos sitios de correccion llegaban á ser otras tantas escuelas de inmoralidad,

en las que el mas corrompido pervertia al mas novato, en donde no se aprendia otro oficio que el robo, ni otra ciencia que la de saberle hacer con habilidad; en las que se pasaba desde el vicio al crimen; y siguiendo una progresion fatal, el que al principio no era culpable sino por ignorancia ó miseria, llegaba á serlo por perversidad, ó iba de la cárcel al baño, y del baño al patíbulo.

La soledad y aislamiento destruyen en su raiz este horrible mal. Aun hacen mas: despiertan los remordimientos, el arrepentimiento, y todos los buenos sentimientos, cuyo germen no está todavia aniquilado en el criminal, porque allí el hombre, á menos que no haya llegado al último grado de endurecimiento, se ve allí cara á cara con su conciencia, y no puede sustraerse á las reconvenciones y gritos de esta voz interior. Libre de toda exaltacion, de todo falso pundonor, porque le hay hasta en el crimen, de todo aquel odio á la sociedad que se nutre y emponzoña con el trato de gentes castigadas por ella; abandonado á la fria contemplacion de su miseria y al recuerdo de las faltas que en ella le han sumido, concluye bien pronto por indignarse contra si mismo.

Este es el primer síntoma del regreso al bien; y ya no se necesita sino de un buen consejo, dado con oportunidad, para que se complete la obra de su regeneracion.

El trabajo contribuye muchísimo á los felices resultados que el aislamiento produce. El trabajo, este gran consolador que tiene sobre nuestros males el mismo efecto que el tiempo, y aun mas pronto, llega á ser en breve para el hombre solitario tan indispensable como lo era antes de formarse los hombres en sociedad. Se aficiona, se habitua y gusta de él. Por otra parte el trabajo al que se le condena desde un principio, y que llega á interesarle en términos que su mayor pena es verse reducido á la inaccion, le utiliza de varios modos. No todo su producto es el de la casa que ocurre á sus necesidades, sino que se le reserva una parte.

Este producto se conserva, se aumenta, y cuando el culpable al espirar el tiempo de su condena vuelve á la sociedad, no tan solo se encuentra con un oficio, en el que se ha hecho hábil con un aprendizaje sin distraccion, sino tambien con un corto peculio que le pone en estado de ejercer desde luego su industria.

Si reincide en el mal, si se expone á nuevos castigos, ya no tiene excusa: la sociedad ha hecho en su favor cuanto cada uno de sus miembros puede exigir rigurosamente de ella.

La instruccion acaba y perfecciona la obra del aislamiento y el trabajo. Todo vicio, todo crimen dimana de orgullo, de ignorancia ó de miseria. Ya hemos visto como el régimen penitenciarío ocurre en el porvenir del acusado asi á la miseria como á la ignorancia con el empleo de las facultades físicas. La instruccion elemental junta con las exhortaciones religiosas y morales que la acompañan, provee á su vez tanto á la otra ignorancia, que es la de las facultades intelectuales, cuanto á los extravíos del orgullo, que para hablar con propiedad, no es el mismo otra cosa que un extravío de la ignorancia. Si es cierto que el principio, y aun frecuentemente el fin de toda ciencia, es el saber que nada se sabe, el aprender algo será indudablemente el remedio comun del orgullo y de la ignorancia. La penitenciaría, al dar una instruccion elemental á los hombres que encierra, se empeña para con ellos de una deuda estricta de la sociedad, que acaso no la obliga sino á darles los medios de vivir.

Cuando saliamos de la Penitenciaría entraba una muger llevando de la mano á un tierno y hermoso niño. Iba vestida con mucho aseo, lo que no es comun en Londres entre las gentes del pueblo, que no parece que se visten sino con los desechos de los ricos, y todo anunciaba en su persona la comodidad, la salud y la satisfaccion. Esta muger, nos dijo nuestro guia el capellan, es una de nuestras antiguas pensionistas. Condenada aun muy jóven por un robo doméstico á ser llevada á Botany-Bay, se hizo con ella la experiencia del régimen de la penitenciaría. Tres años de reclusion fueron suficientes para conseguir la remision de su condena. Casóse despues con un honrado artesano, es madre de familia, honrada entre sus iguales, rica en su clase, y en una palabra, feliz; pero no se pasa mes alguno sin que venga á visitarnos y á presentarnos sus hijos y darnos las mas expresivas gracias por haberla restituido á la dicha y á la virtud.